

Plaza pública

para la edición del 3 de noviembre de 1994

Conjura: no, pero sí

Miguel Ángel Granados Chapa

El reiterativo y a ratos confuso sexto informe del Presidente Salinas se asemejó, en grandes tramos, a un ensayo politológico destinado a explicar los hechos del sexenio y los trágicos acontecimientos del último año. La tentativa de explicación, sin embargo, tropezó con una contradicción sobre la causa de las peripecias nacionales de 1994: tras rechazar la teoría de la conjura como una explicación facilona, el Ejecutivo dedicó muchas líneas a trazar los posibles móviles y protagonistas de quienes provocaron la desazón mexicana de estos meses, es decir de la conjura negada.

El informe se dividió en tres grandes y desiguales capítulos, denominados "1994, año de tragedia y esperanza", "los hechos del sexenio" y "mensaje político". La obviedad del nombre de este apartado recuerda las novelas del novelista español, de moda hace varias décadas, Enrique Jardiel Poncela, que acompañaba sus relatos con dibujos de su propia mano, de cuya elocuencia desconfiaba, por lo que se sentía obligado a explicar, por ejemplo, "este es un árbol", etcétera. Eso, sin descontar que hubo "mensajes políticos" también los capítulos no destinados expresamente a ese fin.

A lo largo de esos tres tramos discurrieron algunas de las preocupaciones principales del Presidente. La violencia ocupó un espacio amplio, en que se desplegaron los intentos de explicarla. No siempre fueron afortunados estos empeños. No viene al caso, por ejemplo, la descripción del entorno internacional como parte del escenario en que fueron asesinados Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, salvo que se considere que sus muertes resultan del enfrentamiento de las "fuerzas liberadas por el desongelamiento este-oeste y por el colapso del bloque socialista", entre las cuales se cuentan "los fundamentalismos excluyentes, las actitudes xenofóbicas, las migraciones masivas, la agudización y multiplicación de conflictos sociales". O bien que fueron producto de los debates "entre modernización y tradicionalismo, entre globalización y localismo, entre el anhelo del futuro y la añoranza del pasado".

Ya puesto en serio a indagar las causas de esa violencia, el Presidente declaró expresamente no invocar "la fácil salida de la conjura, tan atractiva para desviar la atención como caente de sustancia". Y, sin embargo, aventura la posibilidad de que esos hechos, que "reflejan la acción de individuos o grupos aislados", puedan nutrirse "también, de reacciones de rechazo a los cambios realizados". Antes había admitido que "su contexto es similar", y más adelante propone que "un mismo efecto-demostración entrelaza acciones que tienen como consecuencia intranquilizar a la población y pretender retrasar su modernización".

Ya puesto en el camino de hallar una intencionalidad común a esas acciones violentas, el Presidente incursionó en la búsqueda de los eventuales responsables. Primero planteó, a mi juicio sin fundamento, pues ignora la existencia de otros muchos homicidios políticos previos y la existencia de un vasto arsenal diseminado en todo el país, que "el clima que generaron la irrupción de la violencia en Chiapas y su antagonismo discursivo contra las instituciones, creó circunstancias propicias para la sinrazón de los demás hechos de violencia" (los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu). Y así diagnosticada la etiología de tales sucesos, quienes los provocaron fueron, quizá "los menos" perjudicados por cambios que benefician a "los más". es decir: "La restructuración económica, inevitablemente, afecta intereses y privilegios de grupos y personas. El cambio social supone una gran movilización ciudadana que desarma rigidices, cacicazgos y clientelismos. El cambio político remueve cotos de poder, abre la sociedad a la crítica, modifica los términos y las expectativas de la lucha institucional por el poder".

Y todavía abundó: "Algunos pueden considerar propicia la ocasión para actuar y tratar de impedir que se consoliden cambios que les afectan, o simplemente sacar beneficio de la coyuntura". En fn: "Sabíamos que al cambiar enfrentaríamos riesgos, que al tocar intereses creados durante decenios habría una fuerte reacción..."

Si hubo contexto común, intencionalidad común también, y se identifican probables agentes que

reaccionan ante el cambio, están dados los elementos para configurar la conspiración que de modo explícito se niega. Sin embargo, lo importante no es tal contradicción, sino que las explicaciones, certeras o falsas, provienen de un examinador de fenómenos sociales, no de la autoridad que está obligada a aplicar el derecho para identificar y hallar a los responsables de la violencia para someterlos a la justicia.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Conjura: no, pero sí

Más en la perspectiva del politólogo que intenta explicar un fenómeno, pero no actuar sobre él, en el sexto informe del Presidente Salinas se examinan las causas de la violencia y, aparte las contradicciones lógicas en que se incurre, se elude el compromiso de la autoridad para cumplir la ley.



El reiterativo y a ratos confuso sexto informe del presidente Salinas se asemejó, en grandes tramos, a un ensayo politológico destinado a explicar los hechos del sexenio y los trágicos acontecimientos del último año. La tentativa de análisis, sin embargo, tropezó con una contradicción sobre la causa de las peripecias nacionales de 1994: tras rechazar la teoría de la conjura como una explicación facilona, el Ejecutivo dedicó muchas líneas a trazar los posibles móviles y protagonistas de quienes provocaron la desazón mexicana de estos meses, es decir de la conjura negada.

El informe se dividió en tres grandes y desiguales capítulos, denominados "1994, año de tragedia y esperanza", "los hechos del sexenio" y "mensaje político". La obviedad del nombre de este apartado recuerda las novelas del novelista español, de moda hace varias décadas, Enrique Jardiel Poncela, que acompañaba sus relatos con dibujos de su propia mano, de cuya elocuencia desconfiaba, por lo que se sentía obligado a explicar, por ejemplo, "este es un árbol", etcétera. Eso, sin descontar que hubo "mensajes políticos" también en los capítulos no destinados expresamente a ese fin.

A lo largo de esos tres tramos discurrieron algunas de las preocupaciones principales del Presidente. La violencia ocupó un espacio amplio, en que se desplegaron los intentos de explicarla. No siempre fueron afortunados estos empeños. No viene al caso, por ejemplo, la descripción del entorno internacional como parte del escenario en que fueron asesinados Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, salvo que se considere que sus muertes resultan del enfrentamiento de las "fuerzas liberadas por el descongelamiento este-oeste y por el colapso del bloque socialista", entre las cuales se cuentan "los fundamentalismos excluyentes, las actitudes xenofóbicas, las migraciones masivas, la agudización y multiplicación de conflictos sociales". O bien que fue-

ron producto de los debates "entre modernización y tradicionalismo, entre globalización y localismo, entre el anhelo del futuro y la añoranza del pasado".

Ya puesto en serio a indagar las causas de esa violencia, el Presidente declaró expresamente no invocar "la fácil salida de la conjura, tan atractiva para desviar la atención como carente de sustancia". Y, sin embargo, aventura la posibilidad de que esos hechos, que "reflejan la acción de individuos o grupos aislados", puedan nutrirse "también, de reacciones de rechazo a los cambios realizados". Antes había admitido que "su contexto es similar", y más adelante propone que "un mismo efecto-demostración entrelaza acciones que tienen como consecuencia intranquilizar a la población y pretender retrasar su modernización".

Ya puesto en el camino de hallar una intencionalidad común a esas acciones violentas, el Presidente incursionó en la búsqueda de los eventuales responsables. Primero planteó, a mi juicio sin fundamento, pues ignora la existencia de otros muchos homicidios políticos previos y la existencia de un vasto arsenal diseminado en todo el país, que "el clima que generaron la irrupción de la violencia en Chiapas y su antagonismo discursivo contra las instituciones, creó circunstancias propicias para la sinrazón de los demás hechos de violencia" (los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu). Y así diagnosticada la etiología de tales sucesos, quienes los provocaron fueron, quizá "los menos" perjudicados por cambios que benefician a "los más". Es decir: "La restructuración económica, inevitablemente, afecta intereses y privilegios de grupos y personas. El cambio social supone una gran movilización ciudadana que desarma rigideces, cacicazgos y clientelismos. El cambio político remueve cotos de poder, abre la sociedad a la crítica, modifica los términos y las expectativas de la lucha institucional por el poder".

Y todavía abundó: "Algunos pueden con-

siderar propicia la ocasión para actuar y tratar de impedir que se consoliden cambios que les afectan, o simplemente sacar beneficio de la coyuntura". En fin: "Sabíamos que al cambiar enfrentaríamos riesgos, que al tocar intereses creados durante decenios habría una fuerte reacción..."

Si hubo contexto común, intencionalidad común también, y se identifican probables agentes que reaccionan ante el cambio, están dados los elementos para configurar la conspiración que de modo explícito se niega. Sin embargo, lo importante no es tal contradicción, sino que las explicaciones, ciertas o falsas, provienen de un examinador de fenómenos sociales, no de la autoridad que está obligada a aplicar el derecho para identificar y hallar a los responsables de la violencia para someterlos a la justicia.

...

CAJÓN DE SASTRE

El dirigente de la Unión de Voceadores, señor Manuel Ramos, ha planteado un desafío a la libertad de información. Dispuso que los agremiados a esa asociación no vendan ejemplares de *Reforma* en los puestos callejeros y mediante el voceo en las esquinas. Es una medida de presión destinada a obtener, no la ganancia legítima que la honesta actividad comercial de los voceadores merece, sino la capacidad de decidir cuándo circulan las publicaciones, y cuáles. En buena hora, con sensatez pero también con dignidad, la empresa editora de este diario ha resuelto no ceder ante esas ilegítimas presiones. A los editores, y a quienes laboramos en la realización de estas páginas, los vendedores de periódicos nos merecen pleno respeto. Son compañeros nuestros en la cadena que pone los ejemplares de *Reforma* ante la conciencia de los lectores, destino último de nuestro trabajo profesional. Su propia actividad, y su legítimo interés, resultan dañados por la intemperancia de sus líderes. Contra los designios de esos dirigentes, y no contra la tarea de sus representados, se dirigirán los esfuerzos que el personal de *Reforma* emprende ya para sustituir los canales de difusión que se pretende obturar. Esta decisión se propone defender, en la práctica, el principio de la libertad de circulación, incluido en el más amplio concepto de la libertad de información y de prensa. No se trata de un problema mercantil, aunque implique también lesiones a la libertad de comercio. Encaramos una agresión a una libertad civil fundamental, la de los lectores a recibir el diario que prefieran y la de los profesionales de la información a colocar el fruto de su esfuerzo en manos de sus destinatarios.